

la misma manera que varios políticos se dedican a pintar los fines de semana, sin mayores pretensiones, a la manera de Churchill.

ven cronista que había publicado algunos cuentos, tenía una primera novela en prensa y quería ser Gabriel García Márquez, como en efecto lle-



Mucho se conoce de la personalidad de los entrevistados. Algunos resultan ser bastante más agudos de lo que suponemos, por el conocimiento que de ellos se tiene, como es el caso de Julio César Turbay Ayala, quien, para nuestra sorpresa, es un punzante observador de sus colegas de la política, a quienes mira con malicia y sorna conociéndoles sus ambiciones y trayectoria. Otras de estas conversaciones, en cambio, resultan ser menos divertidas y en algunos casos francamente aburridas. Pero en general es un buen compendio de charlas en las que Camacho Ramírez sabe sacar lo mejor de sus interlocutores, anotándose de paso unos buenos puntos a su favor, como en la charla sostenida con un simpático periodista costeño, quien para esas calendas era apenas un jo-

garía a serlo. Una de las cosas que más gracia tiene este libro es que, en la primera etapa, el programa era patrocinado por una famosa casa de licores españoles y el invitado debía mencionar de manera espontánea y natural la marca del licor, y en no pocas ocasiones esa mención resultó muy ingeniosa y disparatada, como cuando Álvaro Mutis, hablando del asesinato como su *hobby* predilecto, dice que, para ablandar un poco a sus víctimas, les proporcionaba un poco del licor que se quería promocionar.

Llaman la atención dos cosas en esas conversaciones íntimas e informales: la gran cultura que por lo general tienen los entrevistados y —¡por supuesto que las épocas cambian!— su forma de hablar. Ya nadie habla en Colombia de esa manera flo-

rida, nadie hace esos preámbulos ni utiliza esa cortesía un tanto acartonada y prosopopéyica con la que se expresaba la intelectualidad de aquellos tiempos. Sin duda todo el asunto *mediático* de los tiempos que corren ha cambiado la forma de hablar en el mundo entero, y para esos días, no tan remotos en verdad, todavía se utilizaban muchos giros literarios en el habla corriente.

No estaría mal que en la radio se hicieran programas de esta índole actualmente. Muchas veces conocemos más de un entrevistado mientras habla de nimiedades, que cuando se propone hablar con hondura sobre temas trascendentes. La vida, ya lo dijo alguien, es lo que pasa mientras andamos ocupados haciendo otras cosas.

FERNANDO  
HERRERA GÓMEZ

## Boris es la enciclopedia viviente del ajedrez colombiano

### Jaque al olvido

*Boris de Greiff*

(prólogo de Belisario Betancur)

El Navegante Editores, Bogotá, 2004, 197 págs.

Uno de los principales protagonistas de este libro, el maestro Miguel Cuéllar Gacharná (1916-1985), nos dijo un día a varios jóvenes que estábamos reunidos en el antiguo y desapacible recinto en que funcionó durante muchos años la Liga de Ajedrez de Bogotá, en la carrera 7.<sup>a</sup>, llegando a la calle 19: “A uno le va en la vida según el tiempo que le dedique a cada actividad. Yo fui al mismo tiempo campeón nacional de ajedrez y campeón nacional de billar. Y supe que si quería seguir siendo campeón de algo, tenía que abandonar una de las dos actividades”.

El autor de esta reseña, cuya divisa, como la de La Fontaine, es la diversidad, gracias a la cual se ha ganado en algún círculo la dudosa reputación de "experto en general", ha intentado no ser campeón nacional de nada, pero tampoco piensa abandonar nada de lo que le gusta, sino combinar con inmenso placer varias actividades aparentemente incompatibles, por el tiempo que requieren, con el juego ciencia.

Pienso con admiración en un Marcel Duchamp o en un Vladímir Nabokov; el primero, no sólo uno de los artistas más famosos del siglo XX sino jugador profesional de ajedrez que enfrentó en torneos a los mejores de su tiempo; el segundo, tal vez no tan buen jugador pero sí especialista en el nada desdeñable pasatiempo de fabricar problemas de ajedrez, que alternaba con la entomología y, sobra decirlo, con la literatura. Ambos, en todo, fueron excelentes.

Pues bien. Al igual que Boris de Greiff, mucho ha sido el tiempo que he robado a la literatura en beneficio de la música o del fútbol, pero sobre todo del ajedrez. He sido jugador empedernido. Casi vicioso. Como de Greiff, a un nivel mucho más modesto, he sido jugador a lo largo y ancho del planeta, mecenas, directivo, profesor, árbitro, periodista de ajedrez. El mismo De Greiff cuenta como anécdota que se enteró de un oscuro torneo jugado en Neiva gracias a una columna mía que apareció en una revista en lengua alemana. Como jugador, mi estilo se caracteriza por una mezcla entre el genio y la estupidez. He batido a grandes maestros y perdido con aficionados. Por estar desde muy joven en el medio, conocí a unos pocos de los héroes de este libro, los que hicieron la primera historia de nuestro ajedrez, en la primera parte del siglo XX. Conozco a todos los que hicieron la historia de la segunda parte del siglo: Alonso Zapata, Gildardo García, Carlos Cuartas, Óscar Castro, Raúl Henao, José Antonio Gutiérrez, Rafael Mendoza, Jorge González, Alejandro Acosta, Carlos Ramírez, Adriana

Salazar... A todos ellos los considero mis amigos personales, a algunos los he encontrado en competencias en el exterior y aspiro a escribir algún día al menos parte de su historia, si Dios me da vida, talento y, sobre todo, editor.

Aunque más joven que los grandes maestros de esa época, Boris de Greiff es no solamente el único sobreviviente sino la enciclopedia viviente del ajedrez colombiano. Y si no se le hubiera ocurrido guardar sus recuerdos y convertirlos en libro, utilizando los recursos literarios heredados de su padre, todo esto se habría perdido para siempre. Que de eso no quede ninguna duda. Por eso el título es de una inusitada perfección: *Jaque al olvido*.

muy conocido por todos los colombianos hasta los años sesenta. Nunca hablé con el excéntrico maestro, "flacuchento, de vivaces ojos hundidos en unas cuencas abismales", según la descripción de Abraham Borja, y el mayor recuerdo que tengo de él es cuando llegaba a la Liga de Bogotá y se sentaba en un viejo sofá, al que también subía los pies, de tal modo que su figura enjuta y alargada simulaba un gigantesco saltamontes a punto de saltar sobre su presa. Pocos días antes de morir, Sánchez tuvo la brillante idea de confiar sus manuscritos a Boris de Greiff, intuyendo que este libro existiría algún día.

Además de Cuéllar y Sánchez, las glorias de la primera parte del siglo,



Este admirable libro, que he recibido con sin igual regocijo, y que prosigue la serie que ha emprendido de Greiff, está dedicado a la memoria del maestro Luis Augusto Sánchez, cuyo nombre hoy quizá no diga nada a muchos pero que era

tuve la suerte de conocer también al tercero en discordia, el excéntrico Carlos Rivera (1916-1989), quien muy pronto se retiró del ajedrez, porque consideraba que su afición era un vicio peor que el del alcohol y la droga. Aun así, y gracias a la

amistad de sus hijos, tuve el privilegio de jugar con él en agradables tardes domingueras. Conocí asimismo al maestro Abraham Borja (1920-2001), bogotánísimo y afectuoso, que condescendía a compartir siempre con los más jóvenes sus profundos conocimientos y su charla siempre animada y picante. De resto, yo que me precio de ser curioso en los temas que me interesan, no conocía el diez por ciento de todo lo que cuenta De Greiff en este libro y mucho menos la selección de partidas que vaya uno a saber de dónde sacó. El cuarto en discordia, sin discordia porque era el único que se llevaba bien con los demás y que terminó “envuelto en la muy áspera rivalidad que los acompañó hasta la tumba” a Sánchez y a Cuéllar, es precisamente Boris de Greiff, quien en la práctica era el capitán de un equipo olímpico colombiano que se daba el lujo de apabullar a equipos tan poderosos como el de Hungría... Boris era, por así decirlo, el capitán intelectual: hablaba varios idiomas, entre ellos el ruso, y era amigo personal de todos los mejores jugadores del mundo...

Cuéllar y Sánchez se detestaban cordialmente. Cuenta De Greiff que Sánchez tenía dos perros, uno fino y otro gozque: “Al primero le puse como nombre Alejín, para tirarme al Campeón, que me derrotó en las simultáneas del año 39, y al chandoso lo bauticé Cuéllar, para tirarme al perro”.

En aquellos tiempos el ajedrez, como la literatura y la poesía, se jugaba en los cafés bogotanos. De ahí esa identificación dudosa que aún conserva, junto con el billar, de ser un “juego de cantina” más que de clubes sociales.

El libro se inicia con el primer gran suceso del ajedrez colombiano: la visita, en 1939, en vísperas de la Gran Guerra, del campeón mundial en ejercicio, doctor Alexandr Alejin (lo dejo como lo escribe Boris, que al parecer es la forma fonética correcta, más que la más aceptada internacionalmente, Alekhine). Por razones cronológicas obvias no conocí a Alejin pero sí visité su tumba

en el año 1999, en el cementerio parisino de Montparnasse, pocos días antes de que un huracán decembrino la redujera a escombros.

fuerza una de las dos). La anécdota es interesante por varios motivos. En su *Crónica de mi propia vida*, Carlos Lleras Restrepo, uno de los fa-



Debo decir que sí conozco, por relaciones familiares, y aquí, por única vez en este libro puedo corregir a De Greiff, a la joven colombiana que logró vencer a Alejin, doña Ana Caro Tanco (no “de” Tanco como se afirma en el libro), una encantadora dama bogotana hoy casi centenaria, nieta de don Miguel Antonio Caro, la misma que tuvo durante muchos años una columna en el diario *El Tiempo*, “*Bridge avanzado*”, y sobre la que alguna vez escribió una simpática crónica Daniel Samper Pizano. Cuando le he preguntado sobre su partida con Alejin me ha dicho que la ganó gracias a “unos vulgares calzoncillos” (en el argot del ajedrez, el gráfico término “calzoncillos” significa que un peón consigue atacar a dos piezas al mismo tiempo, ganando por

náticos asistentes al evento, nos cuenta que los chismes de la época intentaron minimizar el triunfo de doña Ana aduciendo que el galante campeón del mundo habría jugado con menos energía de la habitual, seducido por los encantos de la joven bogotana. Pero el lector podrá comprobar en el libro que a la partida no le faltan méritos propios para desestimar el chisme público. Una de las víctimas de Alejin en aquella memorable ocasión fue otro gran aficionado, el director de *El Tiempo*, don Alfonso Villegas Restrepo, quien ya en 1927 había contratado un servicio especial de cable y publicado día a día, y en primera página, todas las incidencias del primer “*match del siglo*”, jugado en Buenos Aires entre Alejin y Capablanca.

“En aquellos tiempos era noticia la celebración de un torneo internacional en estas latitudes”. El primer gran torneo en Medellín (1943-1944) acompañó a la primera Gran Exposición en la ciudad... que vio llegar a personajes del mundo musical tan célebres como Tatiana Goncharova y Nicanor Zabaleta. Ese torneo terminó con el primer gran escándalo por las “mangualas” entre los ganadores. Por lo demás, hasta el día de hoy no se conoce método alguno para evitarlas, y el autor de esta nota opina que mientras se juegue por premios en dinero se acepta tácitamente entrar en ellas y en los arreglos que indisimuladamente son ya parte integrante de las prácticas deportivas.

De Greiff trae datos maravillosos. En una época, y desde su “Danza de las horas”, el periodista Calibán pedía puestos diplomáticos para los heroicos jugadores colombianos. Jósiv Stalin envió un telegrama de felicitaciones a Miguel Cuéllar, quien lo exhibió con orgullo hasta el 9 de abril de 1948, cuando lo escondió por “peligroso”. Igualmente anota y agradece la presencia de mecenas, que al ajedrez nunca le han faltado, como don Luis Salomón, quien, para no asistir en solitario a un gran torneo en Nueva York, invitó a Sánchez y a Cuéllar a acompañarlo, con todos los gastos pagos, o como Belisario Betancur, autor del prólogo del libro y gran aficionado al ajedrez, quien más de una vez acudió al quite en beneficio de los jugadores nacionales.

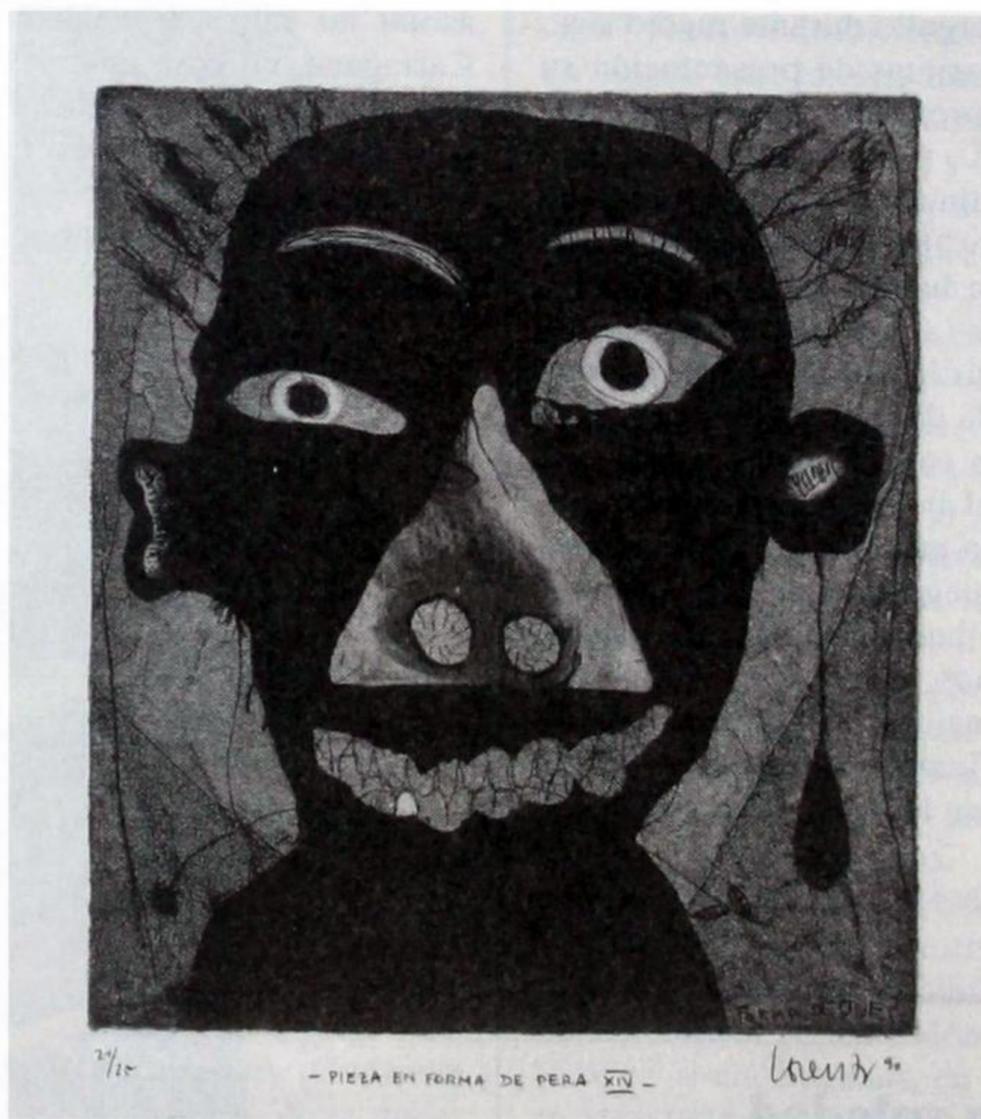
Sería interminable destacar los hitos que reseña el autor, como las visitas al país, en 1949, de Edward Lasker, en 1951 de Miguel Najdorf, famosamente derrotado por Julio Bravo, así como la actuación de Cuéllar en los torneos de Mar del Plata en 1952 y 1953, o la de Sánchez en el Interzonal de Suecia en 1952. De adhehala, De Greiff nos regala los comentarios de los grandes maestros como Tartakover, Kotov y Moiseiev sobre las partidas del colombiano.

Otro momento notable es la olimpiada de Ámsterdam en 1954 (el mejor momento de Rivera y de De

Greiff, sin duda, elogiado hasta por el campeón mundial Max Euwe). En los boletines del torneo no faltaron los comentarios despectivos: “Los colombianos [...] tienen un arma formidable en el continuo temblor de piernas de De Greiff y de Sánchez cuando se sientan al tablero...”. Y asistimos con una carcajada a gestos de incredulidad ante la derrota, como el del yugoeslavo Trifunovic, quien declaró que en una partida Cuéllar le había hecho trampa, ¡hipnotizándolo!

cuenta de lo que había hecho, el *mal-dito* se apuró otra vez por tiempo”.

Desde el punto de vista documental, éste es, desde luego, el libro más importante de la serie que en los últimos años nos ha dado el autor. Sus comentarios a las partidas siguen el mismo método ensayado con tanto éxito en los dos libros anteriores y que sigo aplaudiendo con entusiasmo, que consiste en no atiborrar al lector con largos y fastidiosos análisis que sólo pueden desviar la atención de la belleza del juego, señalando,



Desfilan en el libro la olimpiada de Moscú, en 1956; la de Múnich, en 1958; la de La Habana, en 1966; la de Siegen, en 1970... Destacan, como una verdadera curiosidad, los comentarios del holandés Donner a una partida contra Cuéllar, en la olimpiada de 1972, que contienen “perlas” como estas: “...con el rabillo del ojo lo observaba atentamente. Lentamente, y simulando la circunspección que los chambones piensan siempre que es el distintivo de las mentes superiores, ¡el indio colombiano movió el rey una casilla hacia adelante! [...] cuando se dio

do, después de la transcripción desnuda de la partida, cuáles fueron sus momentos claves y la anécdota humana que la rodeó. Y como para distensionar cualquier ambiente, los comentarios no solamente son divertidos sino en verdad cómicos, como cuando dice de una jugada: “Desde luego, la circunstancia de ser amigo personal de Alejin... no garantiza la corrección de este tipo de sacrificios...”.

He comprobado que de las ciento cincuenta partidas que nos regala el autor no hay más de veinte en las bases de datos más importantes del

mundo. La que no resiste análisis es la erudición de De Greiff, quien, como un investigador de manuscritos antiguos, es capaz de seguir las pistas arqueológicas de las ideas en las aperturas hasta libros que nadie conoce y que estaban en la biblioteca de su tío Otto.

El material gráfico es igualmente valioso, desde la fotografía de la portada, tomada en el Café Europa, vecino inmediato de la Casa del Florero, en 1944, hasta el homenaje que se hace a don Argemiro Londoño, un hombre humilde que ha esgrimido con orgullo durante medio siglo en sus tarjetas de presentación su insólita profesión: "el fotógrafo del ajedrez".

La última frase del libro es melancólica: "Pocos años más tarde, en 1982, sin haber vuelto a competir, fallecería Luis Augusto. Miguel, que siguió participando a comienzos de la década de los ochenta, habría de morir en 1985. En cuanto a mí, me retiré del ajedrez en 1979, pero continué con mi actividad como cronista del juego ciencia". Esperemos que, en una próxima entrega, De Greiff nos regale una recopilación de sus mejores columnas en el diario El Tiempo y luego, hasta el día de hoy, en la revista Cromos.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## De la soledad a costa de Samper a Soledad Acosta de Samper

### Diario íntimo y otros escritos

Soledad Acosta de Samper

(edición y notas de Carolina Alzate)

Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, Bogotá, 2004, 651 págs., il.

Soledad Acosta de Samper, que por entonces se llamaba simplemente Soledad Acosta o Solita Acosta, es,

de lejos, la mujer más importante en la historia de la literatura colombiana del siglo XIX, si es que no de todos los tiempos. Nacida en 1833 y muerta, ya octogenaria, en 1913, esta mujer fue extraordinaria en todos los aspectos, y además supo expresarlo. Hija del general Joaquín Acosta, su madre era una canadiense de Halifax (Nueva Escocia), donde Soledad vivió un año antes de vivir cuatro en París, de donde la familia entera regresó al país en 1849, trayendo con ellos en el barco, y sin contraerlo, el tan temido cólera morbo que pasó de asolar las calles de París a las de Cartagena, en cosa de tres meses. Después de su matrimonio fue corresponsal en París y en Lima de las dos revistas más importantes de la época, El Mosaico y Biblioteca de Señoritas.

dos), no obstante hay en sus escritos una inmensa riqueza cultural de todo tipo: literaria, histórica, política, costumbrista...

Tuvieron cuatro hijas, una de las cuales, nos ha contado Daniel Samper, descendiente de un hermano de don José María, fue la autora de nuestra célebre novena de aguinaldos. A partir de 1869, con sus *Novelas y cuadros de la vida suramericana*, Soledad comenzó una prolífica carrera de novelista histórica, que no tiene paralelo en ningún lugar en América. En 1878 comenzó a publicar el primer periódico latinoamericano redactado exclusivamente por mujeres, La Mujer.

Este libro registra la sorpresa de un hallazgo que no es tan sorprendente: el diario manuscrito que escribiera Soledad durante los dos años exacta-



Casada con el político y escritor José María Samper, fueron escritores prolíficos ambos, y aunque un tanto mediocres si los juzgamos de acuerdo con los parámetros de hoy (los versos de ambos son ripiosos y pueden ser piadosamente olvida-

mente anteriores a su matrimonio, ya mencionado en algún discurso en los años cincuenta por Bernardo Caycedo, miembro del Instituto Caro y Cuervo. No es de extrañar, entonces, que haya sido encontrado en la colección Rivas Sacconi que está en la